

Uno mis votos á los del señor X para desear que las personas que dirigen las parcialidades políticas de Bilbao eviten en las próximas elecciones municipales el peligroso carácter de guerra civil entre los barrios de la villa, pero ¡ay! esas personas ó algunas de ellas podrán hacer todo menos cambiar su íntimo modo de ser y no en las palabras y temperamentos reflejan todos la moderación y serenidad que en sus escritos refleja mi amigo X, ni todos se resignan á una derrota ni dejan todos de interesar su amor propio personal en todas las luchas.

Recientísimo está el recuerdo de los medios de que la pasión y el interés se valen para pretender falsear la voluntad pública y de los procedimientos de violencia, bullanga é inmoderación de que suelen servirse los hombres no pocas veces.

A este propósito, recuerdo siempre ciertas palabras que con ocasión de otras elecciones municipales ó á cierta persona que parece dirige una de esas parcialidades, en la redacción de un periódico bilbaíno, ya difunto, en un rincón de cuya mesa, entre otros muchos, me hallaba acurrucadito. Al oír aquellas amenazas, porque había quienes no se plegaban á los deseos de quien las profería, compadecí á este.

Dejemos tela.

EXORISTO.

58
El Nervión

n 762

Bilbao, jueves, 20

de abril de 1893

1-74

174
LO QUE HAY
en lo de la urbanización

Por el artículo de EL NERVION, titulado «Las cuentas, claras», me he enterado de que el señor X. se ha hecho cargo del último de mis artículos, y como sin saber yo por qué ha dejado de llegar *La República* á mis manos, me he visto precisado á tomarme una pequeña molestia y alguna dilación para hacerme con un ejemplar del número en que dicho señor continúa lo que parece vá convirtiéndose en polémica.

Porque es el caso que á las veces he conseguido leerla y á las veces no, sucediendo esto último precisamente cuando en ello tenía más interés.

Ruego á mi amigo X., como favor especial, que indague si esta inconstancia en que llegue á mis manos *La República* tiene su raíz en sitio en que él pueda remediar el daño y proporcionarme así el gusto de leerle y leer el diario republicano en que colabora. Y puede advertir de paso que para gozar del derecho de leerle y leer *La República*, no he de rehuir satisfacer ningún deber correlativo á ello.

Perdone el público este para él insignificante exordio y vamos al grano.

I

Cuatro son los artículos que bajo el título de «La Urbanización», ha publicado en *La República* el señor X. Del primero de ellos me hice ya cargo.

En todos ellos demuestra su autor conocimientos especiales en la materia de que se trata y su labor nos parece digna de encomio y de imitación.

Digna de imitación decimos porque el señor X., aduciendo datos y razonando el asunto, procura convencernos de la bondad de cierta tendencia, y ese y no otro es el camino que debieran adoptar los que como él opinan para procurar atraerse á toda aquella masa de gente que protestó tan solemne y reposadamente cuando lo del reparto de las 340 mil pesetas de marras.

Así es como la razón de las minorías, cuando la tienen, acaba por ganar á las mayorías, y no teniéndola, solo á daños conducen los medios violentos é inmoderados con que los menos buscan sobreponerse á los más.

La labor del señor X es más lenta y menos eficaz para la apariencia del momento, que la de los muniñidores electorales y acaparadores de cargos públicos, pero mucho más segura si sostiene lo justo y verdadero, ¡y noble siempre.

Y nos detenemos en esto, porque á nuestro juicio implica lo más grave de

152/10
1-74
(1-75)
enve

la lucha interna que hoy agita al pueblo de Bilbao. No debemos, en efecto, fijarnos tan solo en el fin que unos y otros, los que piensan á la manera del señor X y los que pensamos de otro modo, perseguimos, sino también en el gravísimo estado moral que bajo la cuestión económica palpita.

174
Ciertamente que la misión del Ayuntamiento consiste en proveer á los servicios públicos sin preocuparse de que los negocios particulares sean buenos ó malos, pero no es menos cierto que el pueblo de Bilbao, como todo pueblo, debe no olvidar por los intereses económicos los morales, y considerar serena y seriamente si al ejercer el municipio su acción puramente administrativa, no da ímpetu y savia á un estado moral verdaderamente deplorable que afiance la hegemonía de algunos señores que ensoberbecidos por su triunfo desdeñan á los en apariencia vencidos y hagan mangas y capirotos de la voluntad del pueblo.

Tan lejos llevamos este sentido, que alguien podrá creer de puro ultra-idealista ridículo y quijotesco, que jamás aprobaríamos el que un pueblo entregue su representación á un hombre de depravada moralidad privada, aunque este se hallara en condiciones de proporcionarle negocios materiales de algún provecho.

Y no nos cansaremos de darle vueltas á este aspecto de la cuestión, que no es ciertamente el que ha tratado el señor X.

Hay muchas personas que sin tiempo, sin luces ó sin datos para ahondar en la conveniencia ó inconveniencia de ciertos fines, se oponen á los que los persiguen, guiados por el seguro instinto que nos hace desconfiar de los que emplean medios intemperantes y de violencia para alcanzar lo que se proponen.

Acaso la villa saliera ganando en tratos en que se lucraran, más que aquella, los que ante todo los demandan, pero en este caso lo que compete á estos es servirse de razones, buenas ó malas, pero razones al cabo de buena fé, como las que aduce el señor X, para reducir á ellas á la mayoría que en la ya citada ocasión hizo se hundieran sus propósitos, y no acudir á procedimientos de violencia.

Hemos de insistir acaso en este aspecto de la cuestión, en el aspecto moral, convencidos de que aun siendo benéficos para Bilbao (que no lo creemos) los negocios que se le proponen, habría siempre de ser fatalmente dañina la dominación de su concejo por dos ó tres caciques. No hay mejora alguna material que, á nuestro juicio, nos compensara del mal de un caciquismo entronizado á su sombra.

Todo lo cual no quiere decir que el señor X, á pesar de su excelente buen deseo, de su buena fe y la singular competencia que despliega en el asunto de que se discute nos haya convencido, sin que sepamos si lo ha hecho con algún otro de los de aquella mayoría que con su actitud cuando lo del reparto invalidaron los planes de los que opinan como mi amigo el colaborador de *La República*.

Pasemos, pues, á la cuestión tal y como el señor X la trata.

II

Ya EL NERVION en su artículo «Las cuentas, claras» se ha hecho cargo de uno de los extremos de la argumentación del señor X, el que se refiere al es



El Nervión
n.º 765

Bilbao, domingo, 23

de abril de 1893
1-75

1-25 **LO QUE HAY
en lo de la urbanización**

III

Confieso que me impuso no poco el ver los artículos del señor X acerca de «La Urbanización», tan atestados de cifras, porque les tengo á los números un respeto rayano en temor.

Para los que no estamos familiarizados con la estadística, tiene esta algo de terrible poder oculto, de fuerza misteriosa.

Pero he creído también siempre que los números son el más potente instrumento de la sofística y el medio más seguro de imponerse por el estupor á los espíritus sin llevarles el convencimiento; que al pretender encerrar en sus férreas formas y bajo sus precisas fórmulas la inmensa complejidad de los hechos, se falsean éstos; que son, en fin, el más eficaz medio de aparentar honda razón aún no teniéndola.

Por otra parte, sucede á los que se familiarizan con los números respecto á éstos, lo que á los sacristanes respecto á los santos, que les pierden todo respeto.

Movido por estas consideraciones y por un instinto nada matemático que me decía que no es oro todo lo que en formas numéricas reluce en los artículos del señor X, me armé de valor, lei y releí sus nutridas consideraciones y creo que he acabado por ver la inanidad de no pocos de sus argumentos.

Aunque la zona del Ensanche es parte tan integrante de Bilbao como cualquier otra, no puede ni debe equipararse á otras zonas, por no estar en ella la urbanización tan adelantada. Tan Bilbao como el Ensanche ó como la calle del Correo, es el barrio de Artigas, ó el de Castrejana, y seguramente el señor X sería el primero que se opusiera si los vecinos ó los propietarios de estos barrios demandaran para ellos servicios que en otros están establecidos.

Esta consideración, tan vulgar, tan poco recóndita ni numérica, tan al alcance de todo el mundo y por nadie, de seguro, controvertida, nos dá la clave de la cuestión.

Es indudable que el establecimiento en los barrios citados de Artigas ó de Castrejana, de los servicios mismos de que gozan otras partes de la villa, beneficiaria á dichos barrios; pero este beneficio llevaría consigo un sacrificio tan grande que no habría de hallar compensación en aquel.

Podemos considerar á la villa como un organismo en el cual el acrecentamiento de la vida en cada miembro de



tado del erario municipal, extremo en que no podríamos debatir con él por una inferioridad tan grande de conocimientos en este punto respecto á los que él tiene que ocasionaría una aparente victoria de su tesis cuando en realidad solo sería un triunfo de su ciencia sobre nuestra ignorancia en la materia.

Mas en aquello que se nos alcanza nos quedan no pocos reparos que oponer á los argumentos del señor X.

Creemos en primer lugar, que es una inducción precipitada suponer que el acrecentamiento de nuestra villa ha de seguir hoy en adelante la misma ley que en estos últimos veinte años ha seguido, porque pasa con las ciudades lo que con los hombres, que en época dada crecen y medran de manera prodigiosa y al llegar á cierta edad se moderan su crecimiento y su medro.

Si la iniciativa particular, tan poderosa en Bilbao, ha dado impulso al ensanche de la villa, ha sido porque en ello estaba interesado su legítimo deseo de interés y lucro, y como no se trata de un sacrificio en que por servir á la comunidad se perjudique el individuo, no vemos la necesidad de protección, porque en fin de cuenta lo que el señor X pide es protección para los ensanchistas.

Santo y bueno que se proteja toda actividad, que sacrifica algo del interés privado de quien la ejerce en favor del interés público; toda verdadera actividad más ó menos desinteresada, pero donde el interés privado es suficiente acicate á la acción, no debe la corporación pública, órgano del interés colectivo, gastar su energía.

Y en el caso presente se ha visto palpablemente como la iniciativa privada se basta y sobra.

Lo único que compete al municipio es remover trabas y procurar que los intereses privados, radicantes en el ensanche, estén bajo un mismo metro de justicia que todos los demás de la villa, pero no proteger aquellos en evidente perjuicio de estos.

El señor X saca á relucir la propaganda anarquista, y aunque esta palabra, asociada como va para muchos á petróleo, dinamita y desórden, asuste, á mí me asusta menos, mucho menos que la palabra proteccionismo, que acá, para mí, solo lo creo justo cuando es universal.

Es muy cierto que, como dice el señor X, la malicia podría achacar el no apresurar á la villa á adquirir terrenos en el ensanche para... aún no sabemos bien para qué, esta es la cuestión... que la malicia, decimos, podría achacarlo al propósito preconcebido de que el día de mañana la carestía de los terrenos inherente al aumento de vecindario dificulte las expropiaciones destinadas al desahogo y esparcimiento del vecindario y á los diferentes edificios públicos que reclama esta capital, pero esa misma malicia, ya que de malicia se trata, puede achacar el apresuramiento á endosar los tales terrenos cuanto antes á la villa, al temor de que sufran una depreciación de aquí á algún tiempo, depreciación que podría provenir tanto de que el aumento de población no llegue á ser el que una precipitada inducción hace suponer como del aumento mismo, pues creemos (perdónenos el señor X si decimos una atrocidad económica) que la tal depreciación puede muy bien derivar del crecimiento mismo de población y de la extensión de la urbanización de la villa.

Observación es esta última que por lo

insólita que podrá parecer á más de uno exige que con más espacio nos ocupemos de ella en alguna otra ocasión.

Pero ante todo y sobre todo lo que debe ahora hacer el señor X para completar su labor es decirnos cuales son los diferentes edificios públicos que la capital reclama y reclama precisamente en el Ensanche (además de los que ya se están levantando en él) porque todo lo demás es andarse por las ramas.

Este es el punto concreto. El municipio, se dice, debe adquirir terrenos en el Ensanche para promover el fomento de este. Está bien; pero esos terrenos ¿á qué ha de destinarse el municipio? ¿á lucrar á sus propietarios, á fomentar el ensanche ó á algún servicio público de urgente necesidad?

Sobre este punto estriba la cuestión y sólo sobre este.

El señor X tiende á querer demostrarnos que el municipio bilbaíno ha sido injusto con la zona anexionada del Ensanche, que esa zona relativamente al resto de la villa ha producido más que consumido, que es la consecuencia de la casa como dijo en uno de sus artículos. Espero que otros se encargaran de desmenuzar lo de verdadero, lo de error y lo de exagerado que haya en esas afirmaciones. Por mi parte se me ocurre que es justísimo pedir que á esa zona se trate como al resto, pero de ninguna manera que se la proteja á cuenta del resto.

Ya sé que á esto se nos dirá que el progreso de esas zonas en formación lleva consigo el progreso total de la villa y que el mismo casco viejo cuyos intereses se quiere hacer ver contrapuestos á los de las nuevas zonas) sale ganando con el fomento del Ensanche, pero que es cierto cuando la vida del Ensanche es normal y natural, cuando medra por necesidad interna y el municipio no hace sino lo que debe hacer, velar por los servicios públicos allí donde el interés privado ha vivificado su jurisdicción, no lo es cuando se pretende hacer creer á tirones de orejas y á costa, volvemos á repetir, del crédito colectivo.

Esperamos, pues, que el señor X, firme en su valiosa y digna labor, nos diga á la mayoría de los que protestamos con nuestro silencio del reparto aquel, para qué especie de desahogo y esparcimiento y para levantar qué edificios públicos se nos pide el dinero y nos demuestre su urgencia, porque en eso de emprender obras públicas sin idea clara de su resultado y finalidad exacta, por el mero prurito de edificar, hemos pecado alguna vez.

Siempre será el trabajo de mi amigo X tan digno y loable como indigno y vituperable el de los que pretenden imponerse á la mayoría por la violencia y no atraérsela con razones.

EXORISTO.